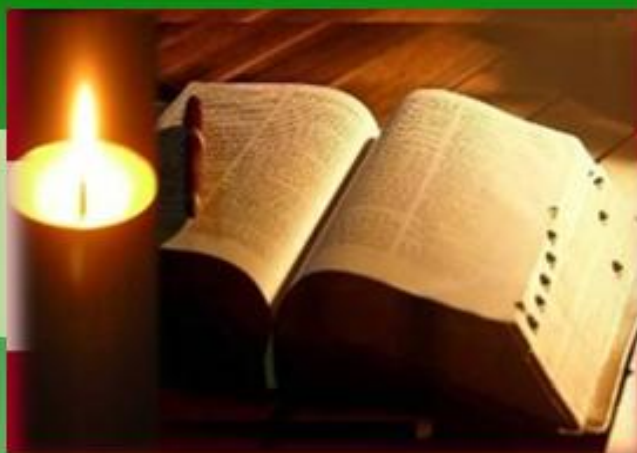


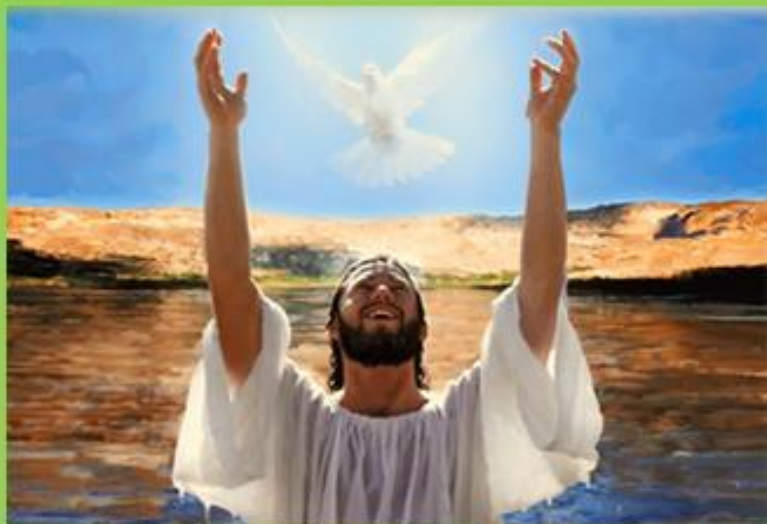
LECTIO



DIVINA

TIEMPO ORDINARIO
CICLO C

DOMINGO 1º



**Bautismo del
Señor**



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA





El bautismo del Señor
El Bautismo: identidad y misión cristiana

Ambientación

Termina Navidad, empieza la Misión. Con la fiesta de hoy termina el ciclo de la Navidad. Esta tarde, con las vísperas, retiramos ya los símbolos del tiempo navideño y dejamos paso a las semanas de *Tiempo Ordinario* que precederán a la Cuaresma.

En rigor, hoy sería el *Domingo primero del Tiempo Ordinario*: pero en él siempre se celebra esta fiesta del *Bautismo de Jesús*. Mañana, si es Lunes de la 1ª semana. Terminamos la Navidad con la escena que da inicio a la *Misión pública de Jesús*: su *Bautismo en el Jordán*, donde recibe la *confirmación oficial de su mesianismo*. Del *Niño* recién nacido pasamos al *Profeta y Maestro* que nos ha enviado Dios y que va a comenzar su Misión.

Seguimos en clima de Epifanía, de manifestación, con lecturas bíblicas diferentes para cada uno de los tres ciclos dominicales. Puede parecer un tanto brusco este paso de la *Infancia* de Jesús a su *vida pública*: pero Lucas no quiere sencillamente narrar cosas, sino transmitir *un Evangelio*, la *Buena Noticia* que Jesús mismo era y predicaba. La Palabra de Dios en este Día del Señor nos invita a contemplar y adorar el rostro de Cristo, que San Agustín lo ha presentado así en una reflexión suya: «en aquel rostro nosotros llegamos a entrever también nuestros trazos, los de hijo adoptivo que nuestro Bautismo revela».

1. PREPARACION: Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo, ven a iluminar nuestra mente
y a mover nuestro corazón
para que, en actitud de escucha y disponibilidad,
acojamos la Palabra que nos invita
a escuchar y acoger a Jesús, el Cristo,
como el predilecto y preferido del Padre.

Reanima nuestro ser de bautizados
para que, renovando nuestros compromisos bautismales,
vivamos de una manera digna de la vocación
a la cual hemos sido llamados
como discípulos y misioneros
del Evangelio de Jesús,
por nuestra pertenencia viva y activa a la Iglesia.
Amén.

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Is. 42, 1-4.6-7: «*Miren a mi siervo, a quien prefiero*»

El libro de Isaías incluye cuatro «*cantos del Siervo de Yahvé*», de los que hoy leemos el primero. Es un poema que prepara perfectamente lo que luego escuchamos en el evangelio,





porque las palabras que Dios dice sobre el Siervo y las que suenan sobre Jesús en el Jordán son muy parecidas. El canto del AT dice: «Miren a mi Siervo (*páis* = *παῖς*), a quien sostengo, mi elegido, a quien prefiero».

La Palabra de Dios que hemos escuchado define la misión del Mesías, enviado de Dios. Isaías nos presenta un personaje elegido por Dios, sostenido por él, capacitado con el espíritu divino para su misión. La misión fundamental: *Traer el derecho a las naciones*.

Destinataria es toda la humanidad de todos los tiempos. Dios quiere un mundo donde todos vivan en paz y labren su desarrollo por caminos de justicia y de bienandanza. Nos ha dado a todos un mundo rico que solo la avaricia humana limita. Su método es pacífico: *No gritará, no clamará*. No es un mero anunciador de ilusiones: *No gritará por las calles*. Tiene cuidado de todos, en especial de los más débiles: *No quebrará la caña cascada...* Es perseverante en su misión y luchará hasta morir por realizarla, *hasta implantar el derecho en la tierra*. Cristo realiza esa misión que va más allá de las simples expectativas humanas.

La voz del cielo sobre Jesús suena así: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». La palabra griega «*páis*», puede significar «*hijo*» o «*siervo*», indistintamente. Sobre los dos baja el Espíritu. En Isaías dice la voz sobre el Siervo: «*sobre él he puesto mi espíritu*» (Is. 42,1). Lucas dice de Jesús que «*se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma*» (Lc. 3, 21b.22a).

Isaías describe también cuál va a ser la misión y el estilo de actuación de este Siervo: «*no gritará... la caña cascada no la quebrará... promoverá el derecho... te he hecho alianza de un pueblo...*» (Is.42, 2-4). Poema del servidor fiel que presenta a un elegido de Dios, amado y preparado por Él con la fuerza del espíritu. Este servidor es enviado para traer los pueblos a la luz de la verdad y al amor salvador de Dios.

Todo esto se expresa con las imágenes bíblicas características para expresar la salvación, el amor de Dios. Otros poemas van a completar a éste describiendo la misión del siervo. En éste, teniendo en cuenta la situación de diáspora, se pedía al pueblo actuación discreta, prudente, mansa y pacífica, pero fiel y firme.

Sal. 29(28): «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

El salmo se fija más en «*las aguas*» - «*la voz del Señor sobre las aguas torrenciales*»- y en la glorificación del Señor: «*el Dios de la gloria ha tronado... el Señor se sienta como rey eterno*». Es un salmo que parece preludiar ya la designación oficial de Jesús como el Mesías y el Rey en el río Jordán. Un Rey que viene a traer la paz. De ahí el estribillo que repetimos: «*el Señor bendice a su pueblo con la paz*».

Hch. 10, 34-38: «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo»

La lectura de los Hechos nos muestra una Iglesia viva que abre horizontes a todos los hombres después de la muerte y la resurrección de Cristo. Esa misión es para nuestro mundo.





Nos sentimos faltos de fe, de esperanza, de confianza. Tenemos un mundo lleno de progreso y riquezas pero pobre de amor y encerrado en sí mismo, sin horizontes. El *Bautismo del Señor* nos dice que Cristo vive hoy en el mundo y que en él podemos poner toda nuestra esperanza. El es el Mesías, el único. Solamente en él podemos fundar un mesianismo sano y seguro. No somos solamente pasivos receptores de su acción liberadora. El ha querido que asumamos como nuestra su causa de lucha por un mundo más cristiano. Tenemos que darle realidad hoy a su mesianismo.

Este texto del libro de los Hechos se encarga de entregarnos la esencia de lo que significa el Bautismo de Jesús: Jesús es para todos, Dios no discrimina por naciones o razas. Lo que cuenta para él es una fe amorosa y una vida santa. La catequesis que Pedro hace de Jesús, en casa de Cornelio -en el marco de la apertura de la comunidad a los paganos-, empieza precisamente con el recuerdo del Bautismo de Jesús.

El resumen que Pedro hace de este episodio es denso: Jesús, aquel día, fue «*ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo*» y así pudo empezar su misión mesiánica. Además, en el cumplimiento de su misión, «*pasó haciendo el bien*» y haciendo cosas maravillosas, «*porque Dios estaba con él*».

Lc. 3,15-16.21-22: «*Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco*»

**EVANGELIO DE JESUCRISTO
SEGÚN SAN LUCAS**

R/. Gloria a Ti, Señor.

¹⁵ Como el pueblo estaba *expectante* y andaban todos pensando en sus corazones *acerca de Juan, si no sería él el Cristo*, ¹⁶ declaró Juan a todos: «*Yo los bautizo con agua; pero está a punto de llegar el que es más fuerte que yo, a quien ni siquiera soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará en Espíritu Santo y fuego.*»

Bautismo de Jesús.

||Mt. 3, 13-17; ||Mc. 1, 9-11.

²¹ Todo el pueblo se estaba bautizando. Jesús, ya bautizado, se hallaba *en oración*, se abrió el cielo, ²² bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino *una voz del cielo*: «*Tú eres mi hijo; el amado, en ti me complazco*».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.





Re-lemos el texto para interiorizarlo

En el silencio trata de hacer revivir en tu corazón la escena del evangelio que has leído, trata de asumirla, haciendo tuya las frases leídas, identificando tu atención con el contenido o el significado de las frases.

a) El contexto; Lc. 3,1 - 4,13

El relato del Bautismo de Jesús pertenece a la sección en la que Lucas, después de los relatos de la infancia (Lc. 1-2), narra los hechos que preparan el ministerio público de Jesús:

- Lc. 3, 1-20: los acontecimientos que se refieren a Juan Bautista,
- Lc. 3, 21-22: el *Bautismo de Jesús*,
- Lc. 3, 23-28: Genealogía de Jesús;
- Lc. 4, 1-13: las tentaciones de Jesús.

Este conjunto de hechos sirve como de introducción a la verdadera y propia actividad de Jesús y le da sentido. Todo el ministerio del Bautista está concentrado en un cuadro único y completo: desde el comienzo de la predicación en las orillas del río Jordán (Lc. 3,3-18) hasta el arresto mandado por Herodes Antipas (Lc. 3,19-20). Cuando Jesús aparece en la escena en Lc. 3,21 para ser bautizado ya no se menciona a Juan. Con esta omisión Lucas clarifica su lectura de la historia salvífica: Juan es la última voz profética de la promesa del Antiguo Testamento..

Ahora el centro de la historia es Jesús, es Él quien da comienzo al tiempo de salvación que se prolongará en el tiempo de la Iglesia.

b) Organización de la perícopa

vv. 15-16: *Confesión del Bautista*

vv. 21-22: *Bautismo de Jesús*

v. 21: Todo el Pueblo se estaba bautizando

v. 22: descenso del Espíritu Santo - voz del cielo

c) Comentario:

vv. 15-16:

El bautismo en el Espíritu: es el bautismo escatológico ya prometido por los profetas (cfr Jn 3, 1-5), ligado al *fuego* del juicio y también bajo forma de *aspersión* (cfr Ez 36. 25). Jesús lo recibe inmediatamente después y su bautismo será origen y modelo del bautismo de los cristianos. Por tanto, la comunidad cristiana se funda sobre el don del Espíritu Santo.





A la luz de lo que dirá después la voz celestial, Jesús no es sólo «*más fuerte*» que Juan, sino que tiene una naturaleza muy superior a él. Y sin embargo él ha descendido entre aquéllos que se reconocen pecadores, sin tener ninguna disminución de la propia dignidad (cfr Flp. 2, 6-7): es «la luz que brilla en las tinieblas» (cfr Jn 1,5).

vv. 21-22: *Bautismo de Jesús*

v. 21: «*Todo el Pueblo se estaba bautizando*»

Jesús viene de Nazaret: Jesús sobresale en medio de la gran muchedumbre de penitentes judíos, porque proviene de una zona a la cual no había llegado nada más que los ecos de la predicación penitencial del Bautista, la *Galilea*. Este es un lugar importante para Marcos: Jesús inicia allí su actividad y allí es bien acogido; después de la Pascua, es allí donde los discípulos se reunirán (cfr. Mc. 16,7) y lo entenderán plenamente y es desde allí de donde saldrán para la misión.

«*Se abrió el cielo*»: Los cielos, literalmente, «se rasgan» oyendo la invocación de Isaías: «*Si tú rasgaras los cielos y descendieras*» (Is 63, 19b). Se abre así *una fase del todo nueva* en la *comunicación entre Dios y los hombres*, después de un tiempo de separación: esta nueva relación se confirma y llega a ser definitiva con la muerte redentora de Cristo, en cuyo momento «*se rasgó*» el velo del santuario (cfr. Lc 24,45) como si una mano del cielo la hubiese golpeado. Por lo demás, la Pascua de muerte y resurrección es el «*bautismo deseado*» de Jesús: «*con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*». (Lc 12,50).

v. 22: *descenso del Espíritu Santo - voz del cielo*

v. 22a: «*Bajó sobre él el Espíritu Santo*»:

Jesús sale del agua del río («*ya bautizado*») e inmediatamente después, abierto el cielo, «bajó» el Espíritu y se posó sobre él. Entre tanto se ha acabado ya el tiempo de la espera del Espíritu y se reabre el camino directo que une a Dios con los hombres. Marco muestra plásticamente que es Jesús el único poseedor del Espíritu que lo consagra Mesías, lo vuelve plenamente consciente de ser el Dios-Hijo, lo habilita y sostiene en la misión querida por el Padre.

El Espíritu aparece sobre Jesús en figura de *una paloma*. Esta, ya en la narración referente a Noé, está puesta en relación a las aguas y a la obra de Dios en el mundo (cfr Gn 8,8-12). En otro lugar, la paloma se utiliza como reclamo a la *fidelidad* y por tanto a la *estabilidad* del don, por su constancia en retornar al lugar del que sale (cfr. Ct 2,14). El Espíritu se posa establemente sobre Jesús y se posesiona de él.





Aquí podemos también referirnos al «*aletear del espíritu de Dios sobre las aguas*» de la creación (Gn 1,2); esto significa que con Jesús comienza verdaderamente una «*nueva creación*» (cfr 2Co 5,17; Gal 6,15; Col. 1, 15-20).

v. 22b: «*Tú eres mi Hijo, el amado, en quien me complazco*»

La voz divina es otro signo que acompaña a la manifestación de Jesús en las aguas del Jordán. Es una voz que venía del cielo: con la llegada de Jesús se ha restablecido la comunicación entre Dios y el hombre. Aquí se trata de una comunicación directa entre el Padre y el Hijo.

Vino... se vio descender... se oyó: admiramos la condescendencia de la Trinidad que «*se abaja*» hacia los hombres: *desciende al Jordán* en Jesús para recibir el bautismo como tantos pecadores, *desciende sobre Jesús* en el Espíritu por la autoconciencia y la misión y *desciende en la voz del Padre* para confirmar la filiación.

«*Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*»: algunos pasajes del Antiguo Testamento pueden ser evocados para subrayar, al menos con la alusión, la importancia y los diversos valores de las palabras celestes.

Un primer texto es un *canto mesiánico* que cita algunas palabras de Dios dirigidas a su *Rey-Mesías*: «*Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado*» (Sal 2,7). En el AT. tanto la figura del rey como la de mesías eran considerados como hijos adoptivos de Dios; sin embargo, Jesús es el hijo predilecto, sinónimo de unigénito.

Otro *texto* que ilumina el significado de las palabras pronunciadas por la voz del cielo es un pasaje cercano a los Cantos del siervo del Señor y que la liturgia de la palabra de este Domingo nos propone como primera lectura: «*He aquí mi Siervo a quien yo sostengo, he aquí mi elegido en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él; el dará el derecho a las naciones*» (Is 42,1). es Dios que presenta a su fiel siervo. En Lucas, sin embargo, no se usa el título de «*siervo*», aunque sí el de «*hijo*». El evangelista (a la par de los otros sinópticos) deja asomar así cual sea la *identidad humana-divina* y la *misión* de Jesús.

En la persona de Jesús convergen y se hacen presentes dos figuras presentadas por Isaías: la esperanza del *rey. Mesías* y la figura del *Mesías sufriente*. No es impropio decir que la escena del Bautismo presentada por Lucas es una verdadera catequesis sobre el misterio de la persona de *Jesús, mesías, rey, siervo, profeta, Hijo de Dios*.

Valga hacer una observación acerca de la traducción de esta segunda parte del verso 22: no compartimos la traducción de la Biblia de Jerusalén: «*Tú eres mi Hijo; yo hoy te he engendrado*». El texto griego dice: $\Sigma\upsilon \epsilon\iota \omicron \upsilon\iota\omicron\varsigma \mu\omicron\upsilon \omicron \alpha\gamma\alpha\pi\epsilon\tau\omicron\varsigma; \underline{\epsilon\nu \sigma\omicron\iota \epsilon\upsilon\delta\omicron\kappa\eta\sigma\alpha}$ (Su ei o uios mou o agapetos; en soi eudokesa) (Su ei o uios mou o agapetos; en soi eudokesa), esto es, «en ti me complazco». Tampoco





compartimnos la traducción de la «Biblia Latinoamericana»: «Tú eres mi Hijo, hoy te he dado a la vida

En cambio, nos parecen mejores otras traducciones, más fieles al original: la Biblia de América traduce: «... en ti me complazco»; la «Biblia del Pueblo de Dios» traduce: «...en quien tengo puesta toda mi predilección»; la Biblia de Reina Valera traduce: «... en ti tengo complacencia».

De todos modos, además, con la voz del cielo aparece la *cualidad trascendente, divina, única* de la persona de Jesús. Esta pertenencia de Jesús al mundo de Dios será visible, palpable, experimentable incluso en su humanidad, en su presencia en medio a los hombres, en su peregrinar por los caminos de la Palestina. Por tanto la Palabra de Dios en este Domingo intenta mostrarnos con el relato del Bautismo la solemne presentación de Jesús al mundo. Esta se completará solo en la cruz y en la resurrección. De hecho sobre la cruz se superponen dos rostros de Cristo, el humano-salvífico con la muerte en la cruz para nuestra salvación, y el divino a través de la profesión de fe del centurión: «*Verdaderamente éste era Hijo de Dios*» (Lc. 23,47: «*Ciertamente este hombre era justo*»; Mt. 27,54b; cfr. Mc. 15, 39b: «*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*»).

Ante todo, se evoca a Is. 42, 1: «*He aquí mi siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él; el dará el derecho a las naciones*»;

«*Tú eres mi Hijo*» (*Su ei o uios mu = Σὺ εἶ ο υἱός μου.*) A la luz de la fe pascual, Lucas no podía ciertamente entender esta revelación como la «*adopción*» del hombre Jesús por parte de Dios. La voz del cielo es una *confirmación* de una especial relación entre Jesús y el Padre. El título de «*Hijo de Dios*» es atribuido a Jesús ya en el inicio del evangelio de Lucas (cfr. Lc.1,32), pero aparece frecuentemente en varias formas (cfr Lc. 8,28; 9,35; 22,70).

El título de «*Hijo de Dios*» es particularmente relevante para la comprensión de la persona de Jesús y para la plena profesión de la fe, y de tal manera importante, que se convierte después en un nombre atribuido a Jesús por los Cristianos, con el cual ellos tratan de proclamar los elementos esenciales de la propia fe en El. (cfr Ro. 1,4); el mesías rey, el salvador escatológico, el hombre con una especial relación con la esfera divina, el resucitado de entre los muertos, la segunda persona de la Trinidad.

«*El predilecto*» (*o agapetós = ο αγαπητος*): El hecho de que la voz del cielo lo proclame «*el predilecto*», «*el amadísimo*» (cfr también 20,13) pone de relieve la relación del todo singular del Padre con Jesús, tan especial, que oscurece todas las demás relaciones de los hombres con Dios, por más privilegiadas que sean.

«*En tí me complazco*» (*en soi eudokesa = εν σοι ευδοκησα*): estas palabras subrayan la *elección mesiánica* de Jesús, fruto de una benevolencia del Padre que muestra así su *absoluta*





preferencia hacia el Hijo en el que halla gozo y satisfacción (cfr Is 42,1), mientras, obediente, el Hijo comienza su misión para llevar los hombres al Padre (cfr Lc. 4,43).

3. MEDITACION: ¿Qué NOS DICE la Palabra?

El Bautismo: a la raíz de la vida cristiana

Hay muchos momentos importantes y de gracia particular en nuestra vida cristiana en los que captamos, de modo eminente, la acción de Dios en nosotros. Estos momentos los vivimos durante el *Año Litúrgico* y en varias circunstancias de la vida como en la Eucaristía dominical, en la escucha de la Palabra de Dios, en la lectura de la Escritura. Hay también los momentos en los cuales se nos coloca ante las grandes decisiones morales de decir sí o no a Dios, a la honestidad, a la vida. Todos estos momentos le dan calidad a nuestra existencia cristiana: nos hacen sentir muy cerca la fuerza de Dios, la responsabilidad de nuestra fe.

Ahora bien, los momentos de nuestra vida que marcan de manera particular la presencia y la acción de Dios en medio de nosotros, que son los sacramentos, tienen un *fundamento*, una *raíz* originaria: el *Bautismo*.

El Bautismo es el acontecimiento que funda y determina las etapas de la vida del cristiano; es la explicación y la fuente de todo lo que nosotros hacemos desde la oración a la Eucaristía, hasta el servicio sacerdotal, episcopal, al servicio de la caridad, al dar la vida, si es necesario, por los hermanos, hasta el entregarnos por los que están en dificultad. El bien que se hace y se hará nace de este *particular y privilegiado encuentro con Dios que es el momento bautismal*. Es, pues, un hecho importantísimo, radical, que cambia totalmente la atmósfera y el horizonte de la vida.

Presentamos *los niños* a la fuente bautismal porque deseamos que también ellos, como nosotros, «*no vivan ya para sí mismos*», como dice San Pablo, sino «*para aquel que murió y resucitó por ellos*». Es decir, vivan una existencia basada en el amor, en la justicia, en la esperanza: experiencia difícil pero maravillosa, si pensamos que el mundo y la sociedad exaltan el interés personal a toda costa, aun en perjuicio del bien de los demás, de la justicia, incluso pisoteando los derechos y la vida de los demás.

Nosotros, en cambio, proclamamos ante Dios que el hombre está llamado a poner la vida presente y futura en las manos del Padre para dejarse guiar por su amor, por el Evangelio y por la fuerza del Espíritu que se nos da en el Bautismo.

Con el Bautismo, pues, cada uno de nosotros se entrega con amor y confianza a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y Dios, la Trinidad de amor, nos recibe en custodia, nos acoge y desde ese momento ya no estamos solos ni temerosos por el futuro; somos hijos de Dios, hermanos en Jesucristo, personas capaces de amar con la fuerza del Espíritu.





Si en realidad pudiéramos comprender la potencia explosiva de este misterio, la capacidad que ella tiene para renovar el mundo, cambiar la faz de la tierra, nos llenaríamos de alegría al recordar lo que en nosotros se ha realizado y al pedir: «Señor, aviva en mí la gracia del Bautismo».

¿Que hace de nosotros el bautismo?

El Bautismo marca para nosotros el *ingreso en la gran familia de la Iglesia*, nos capacita para celebrar la *Eucaristía*, para escuchar y testimoniar la *Palabra de Jesús*, para vivir la *caridad fraterna*, para poner nuestros dones al *servicio de todos*.

El Bautismo, en fin, nos convierte en *signo de esperanza* para toda la humanidad, porque crea en nosotros una **humanidad nueva**, libre del pecado, lista a entrar en los varios ámbitos de la *convivencia humana*, no con el egoísmo agresivo de quien lleva todos y todo a sí mismo, sino con la firme disponibilidad de quien, dejándose atraer por Cristo, está dispuesto a ayudar, a colaborar, a servir, a amar. De esta manera, nos abre a la acción de la Misericordia, porque nos capacita para «*vencer la indiferencia*» y «*conquistar la paz*».

La meditación sobre nuestro Bautismo es siempre profundamente consoladora. Es una meditación que tranquiliza nuestra mirada sobre el mundo. Aunque los problemas que tengamos ante nosotros sean enormes, el Bautismo, mientras sigue reviviendo en nosotros y generando siempre nuevos hijos para la Iglesia, nos llena de *confianza* porque, en los bautizados, Cristo sigue venciendo con amor el mal que hay en el mundo.

Nuestra conversión es conversión bautismal

Fuimos bautizados en Cristo Jesús, sepultados con él en la muerte, para que pudiéramos caminar en una vida nueva (cfr. **Ro.6**,1-4); para que no fuéramos más esclavos del pecado, y de todos los temores que son aliados del pecado: miedo de la muerte, miedo del fracaso, miedo de perder la estimación de los demás, miedo de no ser considerados a la altura de nuestra misión (cfr. **Ro. 6**, 4-14).

Se nos ha dado un espíritu de amor, no de temor ni de esclavitud (cfr. **Ro. 8**). Dios mismo es quien nos ha conferido la unción y nos ha dado la coraza del Espíritu en nuestros corazones (cfr. **2Co. 1**), gracias a la cual caminamos en la confianza y le damos a Dios el nombre de Padre.

Pidamos al Señor que nos conceda a todos la gracia de caminar en esta confianza. Nunca como los que llevan cargas pesadas y casi insoportables y caminan gimiendo (cfr. **Hbr. 13**,17), sino como hombres libres, llamados a una vocación entusiasmante, que con la gracia del Señor realizamos con gusto, que vivimos gustosamente ante Dios y ante los hombres.





4. ORACIÓN: ¿Qué LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

¡Señor, nuestro Dios y nuestro Padre!
Te pedimos el conocimiento
del misterio del Bautismo de tu Hijo.

Concédenos comprenderlo
como lo comprendió el evangelista Lucas:
como lo comprendieron los primeros cristianos.

Concédenos Padre, contemplar
el misterio de la identidad de Jesús
como lo has revelado en el momento de su Bautismo
en las aguas del Jordán
y que está presente en nuestro Bautismo.

Señor Dios,
mientras tu Hijo era bautizado
por Juan Bautista en el Jordán, ha orado.
Tu voz divina ha escuchado su oración rasgando los cielos.
También el Espíritu Santo se ha mostrado presente
en forma de paloma.

¡Escucha nuestra oración!
Te pedimos que nos sostengas con tu gracia
para que podamos comportarnos verdaderamente
como hijos de la luz.

Danos la fuerza de abandonar las ataduras del hombre viejo,
para ser renovados continuamente en el Espíritu,
revestidos e invadidos de pensamientos y sentimientos de Cristo.

A Tí, Señor Jesús,
que has querido recibir de Juan Bautista
el Bautismo de penitencia,
queremos dirigir nuestra mirada desde nuestro corazón
para aprender a rezar como tú rezaste al Padre
en el momento del Bautismo,
con el abandono filial y total adhesión a su voluntad.
¡Amén!





5. CONTEMPLACION - ACCION: ¿A QUÈ NOS COMPROMETE La PALABRA?

Contemplemos con San Juan Eudes

«Jesús, *te adoro* como al autor del santo sacramento del bautismo. Por tu encarnación, por tu bautismo en el Jordán y, por tu muerte y resurrección, has merecido la gracia que contiene este sacramento.

Te doy gracias por la gloria que tú mismo te has tributado y por todas las gracias que has comunicado a tu Iglesia, y a mí en especial, mediante este sacramento.

Te pido perdón por el poco uso que he hecho de la gracia que me has dado en el santo bautismo. Me entrego a ti, Jesús. Renueva y resucita en mí esté! gracia y realiza en mí los designios que has tenido sobre mí en este divino sacramento.

Bautízame con ese bautismo del Espíritu Santo y de fuego que tu precursor me anunció que traías a la tierra. Consume en el fuego de tu santo amor, y por el poder del Espíritu, todos mis pecados.

Adorable Jesús, te reconozco como aquel que me bautizó mediante la persona del sacerdote del que te serviste como de un instrumento para conferirme tu gracia. Yo no te conocía entonces, ni pensaba en ti, ni te amaba. Pero tú me amabas y me recibiste en el número de los miembros de tu cuerpo místico.

Quiero recordar ese momento feliz en que tú me bautizaste para adorarte, bendecirte, amarte y glorificarte infinidad de veces. Que en adelante viva de tal manera que yo continúe a ser motivo de gozo para los ángeles y los santos, para María, tu santa madre, para tu Espíritu Santo, para ti mismo y para tu Padre eterno.

Y que ponga toda mi alegría en servirte y amarte por siempre jamás. Amén».

(San Juan Eudes: OC 1.505)

Algunas preguntas para meditar durante la semana

1. ¿El Bautismo de Jesús te ha convencido de que Dios no está lejano, encerrado en su transcendencia e indiferente a la necesidad de salvación de la humanidad?
2. Jesús no es un pecador, pero no rechaza solidarizarse con la humanidad pecadora: ¿Estás convencido de que la salvación se empieza con la ley de la solidaridad?
3. Tú que has sido bautizado en el nombre de Cristo, «en Espíritu Santo y fuego», ¿sabes que eres llamado a experimentar la solidaridad de Dios con tu historia personal, de modo que ella no sea solidaria ya con el pecado, que separa y divide, sino con el amor que une?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

